

La manufactura del libro en la Castilla cristiana

Artesanos judíos y conversos (ss. XIII-XV)

Elena Esperanza Rodríguez Díaz

Citer ce document / Cite this document :

Rodríguez Díaz Elena Esperanza. La manufactura del libro en la Castilla cristiana. In: Gazette du livre médiéval, n°33. Automne 1998. pp. 29-34;

doi : <https://doi.org/10.3406/galim.1998.1420>

https://www.persee.fr/doc/galim_0753-5015_1998_num_33_1_1420

Fichier pdf généré le 09/05/2018

E. E. Rodríguez Díaz

LA MANUFACTURA DEL LIBRO EN LA CASTILLA CRISTIANA

ARTESANOS JUDÍOS Y CONVERSOS (SS. XIII-XV)

Desde los trabajos de don José María Madurell i Marimón en los años 60 es conocida la importante presencia de encuadernadores y libreros judíos y conversos que trabajaron para los cristianos en la ciudad de Barcelona durante los siglos XIV y XV, documentación completada en la actualidad, por lo que se refiere a la décimocuarta centuria, por Josep Hernando. Y aunque las fuentes castellanas no sean tan abundantes ni tan expresivas como las catalanas, en el occidente de la Península Ibérica parece observarse una situación muy similar a la barcelonesa en los últimos siglos de la Edad Media, de tal manera que desde la segunda mitad del siglo XIII encontramos pergamineros, encuadernadores y libreros judíos, primero, y conversos, después, en varios lugares de la Corona de Castilla, como Burgos, Salamanca, Ávila, Segovia, Guadalajara, Valladolid, Toledo, Talavera de la Reina, Guadalupe, Murcia, Córdoba o Sevilla.

Las fuentes en las que estos artesanos aparecen son, básicamente, las fuentes documentales, ya que, por los quehaceres desempeñados, tales artífices no suelen mencionarse en los colofones de los libros, aunque sí aparezcan en menciones diversas a las que se aludirá más adelante. Al margen de la ciudad de Sevilla, cuyas fuentes han sido sistemáticamente analizadas, para el resto del ámbito territorial de la Corona de Castilla, hasta el momento, he revisado muchas de las fuentes publicadas, aunque todavía no haya finalizado la investigación, que tiene como objeto el estudio de los artesanos del libro en Castilla durante los siglos XIII, XIV y XV.

Pese a esto, la nómina de artesanos del libro manuscrito que trabajaron en las tierras castellanas y de los que poseo datos concretos, asciende, por ahora, a 336 artífices de los siglos XIII, XIV y XV (además de otra nómina con individuos dudosos o sin datos suficientemente precisos por el momento). De estos 336 individuos, 80 fueron artesanos que no se dedicaron a tareas de copia, entre los que existen 36 judíos y conversos, a los que habría que sumar otros 9 copistas judeoconversos conocidos, lo que, por ahora, hace un total de 45 artífices hebreos o de procedencia hebrea que trabajaron en Castilla para los cristianos en el ámbito del libro manuscrito. Y si a este número provisional y previsiblemente más amplio, sumamos los diversos casos conocidos en Cataluña, parece obvio que en el estudio de la producción libraria de la

España cristiana hemos de tener en cuenta la participación de los artesanos y comerciantes judíos del libro.

El primer lugar en el que se aprecia una notoria presencia de pergamineros judíos es la ciudad universitaria de Salamanca (ejs. : *Açetrín* en 1267 ; *Bovero* en 1274 ; o *Çemaya Mosé* en 1278), lo que, unido a la ausencia de menciones similares entre los artesanos cristianos, ha conducido a algunos autores a afirmar que el oficio de fabricante de soportes de escritura estuvo en Salamanca, hasta la época de la difusión de la imprenta, en manos de artesanos judíos. Y así pudo ser, aunque también es posible que en Salamanca hubiera sucedido lo mismo que en otras ciudades del reino en las que también aparecen pergamineros judíos y conversos, ya en el siglo XV, junto a otros pergamineros cristianos, que, en el caso salmantino, no han quedado reflejados en las fuentes hasta el momento conocidas. Cabe pensar que la creciente necesidad de soportes de escritura que debió originar la población universitaria salmantina debió provocar que en esta ciudad se concentraran más artesanos especializados en tales quehaceres, incluidos los artesanos judíos, quienes debían abastecer, al mismo tiempo, la demanda de sus propias comunidades.

El principal problema para el conocimiento del mundo del libro en la época más antigua de la Universidad de Salamanca es la escasez de fuentes conservadas, en las que nunca se mencionan artífices cristianos, como tampoco existe constancia alguna del funcionamiento del sistema universitario de copia de libros por *petiae* en toda la Edad Media. Y aunque ya aparezca documentada la figura institucional del *estacionario* en el siglo XIII, no conocemos ni uno sólo de estos libreros universitarios anteriores al siglo XV, como tampoco sabemos de la existencia de artesanos cristianos del libro, excepción hecha de algún copista relacionado con alguno de los monasterios de la ciudad. En cambio, en el siglo XV, el porcentaje de copistas que trabajaron en Salamanca supone más del 14% de todos los copistas castellanos que, hasta el día de hoy, tengo documentados en dicha centuria. Así pues, condicionados por las fuentes, los únicos pergamineros y libreros salmantinos de los siglos XIII, XIV y primera mitad del XV que conocemos fueron judíos, y éstos debían cubrir las necesidades de la población urbana en general, ya que ninguno de los casos que conozco aparece vinculado de manera específica al ambiente universitario.

Posiblemente, una de las razones -si no la principal- que puede explicar la destacada presencia de pergamineros judíos en la Península Ibérica ha de estar relacionada con el trabajo artesanal de la piel, al ser la fabricación de pergamino una subespecialización en estos quehaceres y al ser muy frecuente encontrar judíos con estas dedicaciones profesionales en las principales ciudades castellanas durante la Baja Edad Media. Así, por ejemplo, casi todas las *tenerías e noques e pelanbres e otras cosas de cortidunbre* de la ciudad

de Ávila en el siglo XV estaban en manos de judíos, y no pocas veces estos artesanos desempeñaban sus oficios en talleres y tiendas o vivían en casas arrendadas a las principales instituciones que entonces seguían encabezando la demanda libraria en la mayor parte de los ámbitos locales: las catedrales y los monasterios de muchas localidades leonesas y castellanas.

Por otra parte, ¿a qué se dedicaban exactamente los pergamineros a partir del siglo XIII? ¿Eran ellos mismos los que descarnaban y depilaban las pieles o las compraban a los *zurradores* ya descarnadas y depiladas? Y por otro lado, ¿se dedicaban los pergamineros exclusivamente a la fabricación de soportes de escritura o, como sucedía en Castilla con otros artesanos, incluidos los restantes artesanos del libro, en ocasiones compaginaban esta labor con otras tareas relacionadas con ámbitos afines de trabajo? Lo que pretendo indicar es que, a veces, algunos artesanos del pergamino pudieran enmascararse bajo otras designaciones profesionales relacionadas con el trabajo de la piel y el cuero en general, como a ello apunta el caso de un *pargaminador* de Segovia que *tratava en pellejos y era christiano nuevo de judío*. Si este pergamino tratava en pellejos ¿no podrían esconderse, quizá, algunos fabricantes de soportes entre los muchísimos *pellejeros* o *pelliteros* de la documentación castellana?

Un problema similar se nos plantea con los fabricantes de papel. Ya se sabe que en Castilla un pergamino podía ser tanto el fabricante de pergamino (*pargamino de cuero*) como el fabricante de papel (*pargamino de panno* o *pargamino de trapos*), menciones ambas que confluyen en la persona del toledano Pedro Rodríguez, quien en 1416 aparece en la documentación como pergamino y como papelero. Pero, dado que como sucede en algunos casos catalanes, se denomina *traperero* al vendedor de papel y dado que, en la Edad Media, el fabricante solía ser también el vendedor del producto que manufacturaba, ¿podrían camuflarse quizá algunos papeleros entre los traperos? Es sabido que, tradicionalmente, el traperero se encargaba de recoger trapos viejos que revendía al fabricante de papel, pero el hecho de que una de las designaciones antiguas del nuevo soporte fuese la de *pargamino de trapos* ¿pudo condicionar acaso que en los primeros tiempos algunos papeleros fuesen llamados traperos o, incluso, que los antiguos papeleros se dedicasen también a la recogida de trapos y fuesen, por lo tanto, traperos para el acervo lingüístico popular?

Y en la misma línea argumental, ¿eran los encuadernadores los que se encargaban de trabajar las pieles o los tejidos que iban a recubrir las tapas de los libros o las adquirían ya fabricadas a otros artesanos especializados? En algún caso sabemos que el mismo encuadernador se encargaba de trabajar y teñir las pieles que iba a utilizar en su trabajo, mientras que, en otros casos, estos materiales se compraban ya hechos, sobre todo en el siglo XV.

Si algún día lográsemos superar las barreras conceptuales de la terminología utilizada en las fuentes medievales y pudiésemos comprobar, con cifras sobradamente representativas, que bajo las diversísimas designaciones profesionales del sector de la piel y del sector textil, podían camuflarse artesanos del libro, entonces veríamos aumentar considerablemente la nómina de artífices judíos y conversos en España.

Junto a ello, en la Península Ibérica el *librero* también se dedicaba a vender pergamino y papel. En realidad, los libreros peninsulares anteriores a la imprenta se dedicaban a la venta de soportes de escritura o de libros en blanco para actividades básicamente administrativas (libros de cuentas, libros de actas, etc), a la encuadernación y a la venta al por menor de libros de segunda mano, tal y como se dice de un librero cordobés del siglo XV quien tenía por *oficios*: *guarnecer libros e de los comprar e vender*. De hecho, en la vertiente más mercantil de esta profesión no debiera extrañar la presencia de judíos, máxime cuando el oficio de librero entre los judíos españoles anteriores al siglo XIII no era ninguna novedad en el suelo peninsular, ya que sabemos que también en la España musulmana, anterior al avance de la reconquista, existieron libreros judíos que trataron, entonces, con libros hebreos y árabes.

Pues bien, junto a los pergamineros y como sucedió en Cataluña, tampoco es nada raro encontrar en Castilla encuadernadores y libreros judíos y conversos, sobre todo en el mejor documentado siglo XV, y en Salamanca desde el siglo XIV, lo que hizo afirmar, a su vez, a Vicente Beltrán de Heredia, que, en Salamanca, el oficio de librero era típico de los judíos. Y hay que especificar que estos encuadernadores y libreros hebreos trabajaron, como los barceloneses, para los cristianos, aunque es de suponer que también lo hicieran para sus hermanos de religión. Así, ya en la segunda mitad del siglo XIII encontramos encuadernadores judíos trabajando para el monasterio de Las Huelgas de Burgos o en el siglo XV para la catedral de Toledo. De igual modo, también en el siglo XV nos encontramos — sólo por citar algunos ejemplos — a los libreros salmantinos *Yacob* (1402) y *Abraham* (1417); al avulense *Rabí Zulema* (1438); al murciano vendedor de papel *Içaque Almateri* (1449-1450); al vallisoletano *Mosé* (1492); a *Çuleman*, librero judío de Guadalajara (1489); o al converso de Talavera, Luis García, llamado *Rabí Abraham* antes de bautizarse. Y a ellos habría que sumar también los batihojas, plateros y orfebres judíos que pudieron trabajar en la guarnición de los libros.

Asimismo, entre los cristianos algunos libreros podían ser también copistas, iluminadores e, incluso, maestros de primeras letras, como Martín González, criado del librero Diego López, que enseña a García Sánchez en 1487 a leer y a escribir *de letra tirado e por lo eclesyástico a vista de escrivano*, caso mucho más evidente en el judeoconverso barcelonés, *Gui-*

lhermo Ça-Coma, que en 1458 se compromete a enseñar el oficio de librero al cristiano Antonio Bussot, en cuyo contrato de trabajo se incluye la enseñanza de la lectura y de la escritura. En Castilla, el librero converso Francisco de Aguilar, vecino de Guadalajara y emparentado con la estirpe del judío Vital Hariza, era también maestro de primeras letras.

El Diccionario de la Real Academia Española ha mantenido hasta el día de hoy la acepción antigua de encuadernador dentro de la voz librero, lo que certifica la rancia tradición de este quehacer entre los libreros hispanos. Y si muchos de los encuadernadores catalanes y castellanos eran judíos o de procedencia hebrea, y conociendo el tradicional carácter de los judíos de intermediarios entre la tradición islámica y la tradición cristiana, ¿qué papel pudieron desempeñar entonces en la difusión entre los cristianos de, por ejemplo, las encuadernaciones de cartera típicas del mundo musulmán, las encuadernaciones con tapas de cartón o en la configuración de las llamadas encuadernaciones mudéjares de tradición árabe? Para algunos especialistas la labor realizada por los encuadernadores judíos españoles en este último aspecto de la decoración de las cubiertas fue decisivo, y aunque también existieron artesanos de la piel mudéjares, como en Trujillo, al contrario de los judíos, hasta el día de hoy no conozco ningún caso seguro de un artesano mudéjar que pudiera relacionarse con el ámbito artesanal del libro manuscrito cristiano en Castilla.

Y dejando al margen a los hebreos que participaron en la empresa traductora de los siglos XII y XIII, vertiendo sus traducciones del árabe al castellano en borradores que luego servirían de modelo a los copistas cristianos, o a los que siguieron efectuando traducciones en los siglos XIV y XV, los judíos y conversos castellanos no sólo fueron pergamineros, libreros y encuadernadores, sino que también conozco, hasta el momento, unos 15 casos de copistas judeoconversos. Sancho de la Cava, Francisco Castellanos, Diego López o el doctor Mora eran *christianos nuevos de judíos* que copiaron libros en la ciudad de Toledo en el siglo XV, Juan de Toledo (llamado *Isaac Abenzazón* antes de convertirse) en la localidad de Huete y, probablemente, también fue un converso el Pedro Guillén que trabajó en Sevilla a mediados del siglo XV copiando libros litúrgicos para la catedral. Asimismo, en el *scriptorium* del monasterio jerónimo de Santa María de Guadalupe había en los años finales del siglo XV varios artesanos conversos que fueron investigados o procesados por el Tribunal de la Inquisición.

Como reflejo de esta situación, lo que no es raro encontrar en los códices castellanos son anotaciones posteriores (alguna vez en caracteres hebreos) en los folios de guarda o en los espacios dejados en blanco de notas de empeño, en las que se menciona la entrega de libros en prenda por parte de cristianos a judíos o en las que se alude a transacciones varias hechas por judíos con libros cristianos, como las varias anotaciones en las que aparece un judío

prestamista, llamado Salomón Amigo, recibiendo libros de distintos personajes cordobeses como objetos de empeño o como garantía de un préstamo realizado. De igual modo, algo similar sucede con algunos manuscritos islámicos occidentales de los siglos XIII, XIV y XV conservados en las bibliotecas hispanas.

Estos testimonios materiales parecen apoyar las noticias documentales en las que aparecen libreros judíos y conversos en la Castilla bajomedieval, o bien judíos con dedicaciones profesionales varias que trataron y comerciaron con libros cristianos, incluidas, en ocasiones, algunas mujeres, como una judía librera, llamada *Reyna*, que vivía en Salamanca en 1383 y 1384. Por otra parte, todas estas noticias sobre artesanos, copistas y escribanos en un sentido genérico, incluidos también, algunos notarios públicos judeo-conversos, retratan, en un pequeño espacio profesional, la general y compleja situación de la sociedad castellana bajomedieval.

Surge ahora una pregunta evidente: ¿dejaron estos artífices alguna huella material de la tradición hebrea en la factura de los libros castellanos? El estado actual de la investigación codicológica en España no nos permite todavía aventurar ninguna respuesta definitiva, pero, en este sentido, me parecen interesantísimas las conclusiones a las que Adriaan Keller llegó en su estudio de la llamada *Biblia de Alba*, si bien, por el momento, casos como éste parecen ser esporádicos en la producción libraria castellana de la Baja Edad Media, aunque también es verdad que ésta constituye todavía, en gran parte, un enorme terreno inexplorado.

No obstante, es obvio que, a pesar de que el rastreo de artesanos del libro manuscrito en Castilla no esté concluido, las evidencias vislumbradas abren todo un espectro de nuevas posibilidades de investigación histórica y codicológica en España, lo cual, unido a otros aspectos materiales que certifican una clara influencia de la tradición islámica en algunos hábitos técnicos de ciertos artífices hispanos, convierten al territorio peninsular en un ámbito más que propicio para los estudios de Codicología Comparada.

Elena E. RODRÍGUEZ DÍAZ

Universidad de Huelva